

La región de

LOS CAZADORES DE HOMBRES



Arriba: Los jíbaros junto con el cacique delante de una choza. Se puede ver, sobre las hojas de los plátanos, yuca masticada para la preparación de "chicha blanca". Abajo: Las mujeres después de masticarla, la escupen para la fermentación.—A la derecha: Un indio jíbaro toca el tambor, llamado "tundul".



DESDE la cima de la cordillera oriental de los Andes, y mirando hacia el Oriente, se divisa el infinito océano de verdura que se agita en una extensión de tres mil quinientas millas, a lo largo de la costa atlántica. Comprende varios millones de millas cuadradas de tierra, velada por la lluvia incesante, bañada por las frías corrientes que descenden de las cúspides andinas y atravesada por ríos de ancho cauce que nacen en el páramo. Esta es la morada de millones de especies vegetales e insectos y también de tribus indígenas, muchas de las cuales son desconocidas para el hombre blanco.

En esta fría y húmeda selva, el indio se ha abierto paso al través de la tupida maleza y ha formado un oasis en la espesura para construir su vivienda y cultivar su campo de mandioca. La inmensidad del Amazonas le es desconocida y jamás ha soñado en el mundo que se extiende más allá de los límites de su región. Su imaginación abarca tan sólo la selva que le rodea. Los límites de su región no están establecidos por tratados, sino por el temor, la superstición o el capricho geográfico. No tiene pasado y el futuro le tiene sin cuidado. No tiene lenguaje escrito. Ni siquiera posee alguna vaga historia legendaria. Su noción del tiempo es totalmente distinta de la nuestra.

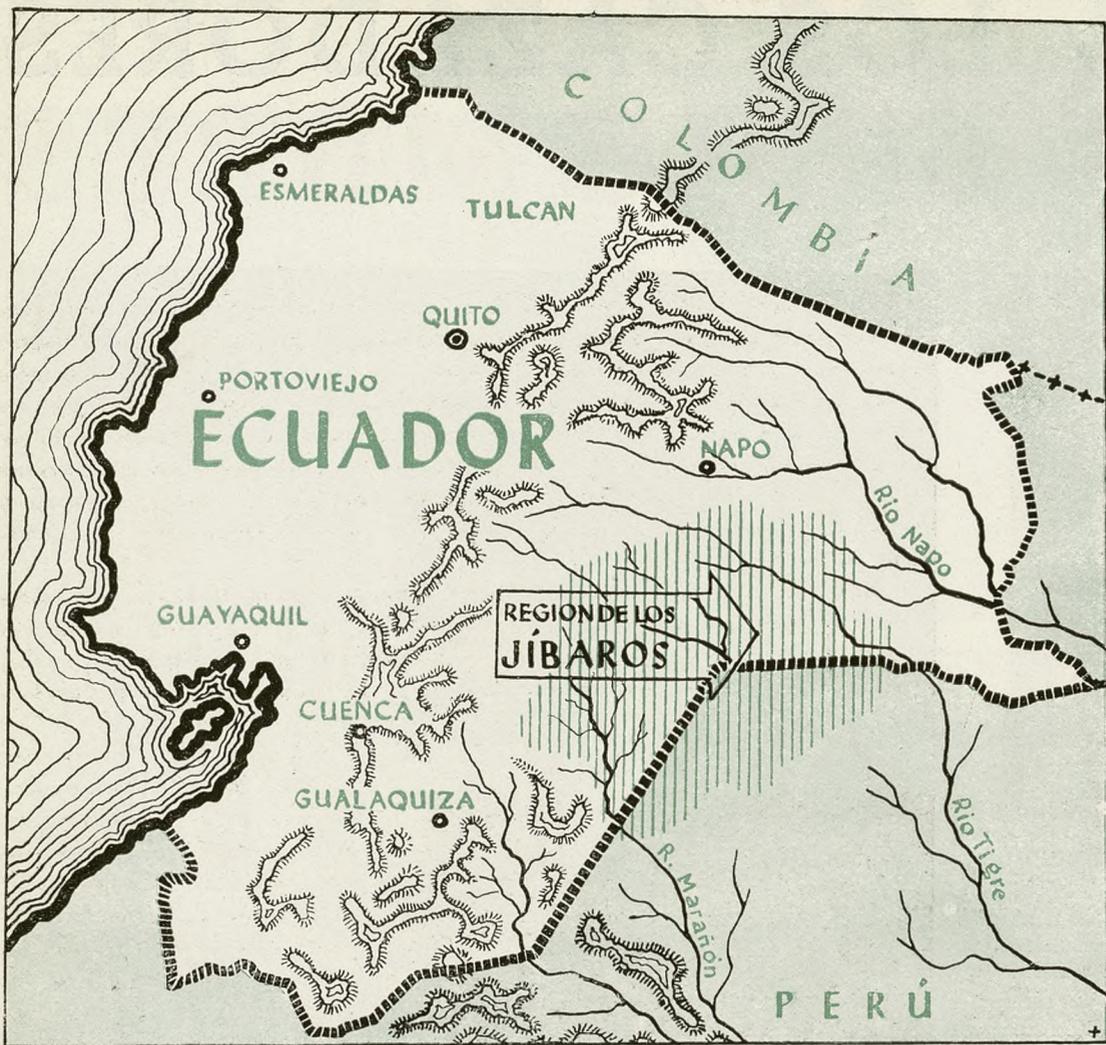
Toda su tradición y su acervo mental se reducen a una colección de leyendas populares—en las cuales es él el personaje central—que explican cómo vino a la vida y en lo que se convertirá cuando deje de existir. Esporádicamente, en el curso de los siglos han penetrado en su región, trayendo consigo costumbres y hábitos superiores, hombres extraños, de apariencia "mágica" y gustos aún más extraños. Algunos de ellos vienen a buscar con verdadero frenesí los dorados guijarros que relucen en los claros arroyos de la selva; otros vienen a cambiar arcos por un líquido viscoso que podría obtenerse más sencillamente haciendo incisiones en la corteza de diversas clases de árboles; algunos otros llegan a alterar la tranquila existencia de los nativos por razones aún más recónditas: su objeto de investigación es el indio en sí. Desean saber quién es, quién ha sido anteriormente, conocer sus pensamientos... Su anhelo es comprender la rutina cotidiana de la vida del indio.

Un grupo de jíbaros envenenando las flechas antes de salir de cacería.—Este reportaje de fotografías en color natural, fué tomado por nuestro corresponsal gráfico en el Ecuador.

B O D O W U T H



El nativo ha contemplado con franca hilaridad a los barbudos sabios, mientras éstos recogen pacientemente los piojos de las aves muertas para colocarlos en pequeños frascos llenos de un líquido mágico. Ha observado a otros recolectando hojas de plantas y prensándolas cuidadosamente entre dos hojas de papel. Ha mostrado una sorpresa infantil ante la cólera e irritación del hombre blanco



posiblemente la más pequeña de cuantas habían llegado allí. "Nosotros" éramos, sencillamente, mi esposa, Cristina, botánica, y yo, termitólogo. Con excepción de nuestros peones y cargueros, estuvimos completamente solos durante los ocho meses que permanecimos con los cazadores de cabezas.

La época y estación que se elijan para ir al Ecuador dependen de lo que se esté coleccionando. Los coleccionistas de orquídeas prefieren hallarse en la Amazonia septentrional durante los meses de abril, mayo y junio, porque el punto culminante de la estación lluviosa es también la estación de las flores. Los entomólogos no necesitan ser tan cuidadosos. Los insectos, en el Amazonas, tienen una especial omnipresencia. No hay un solo mes del año o una sola hora de las veinticuatro del día que no tenga su grupo peculiar de plagas. El coleccionista no necesita buscar los insectos; éstos lo buscarán a él.

Para llegar a la región de los cazadores de cabezas, sin embargo, tuvimos necesidad de hacer un viaje largo y difícil. No teníamos por delante una tarea fácil, puesto que había que cruzar los Andes por la zona amazónica.

A TRAVES DE LAS CORDILLERAS

Por cualquier camino que el viajero elija para entrar en la región amazónica, bien sea por Papallacta, en la carretera Quito-Napo, la tradicional vereda Banos-Puyo, o el camino que tomamos nosotros, el de Cuenca a Gualaquiza, tiene forzosamente que entenderse con la mula. La mula, y sólo ella, puede llevaros a través de las elevadísimas cordilleras azotadas por el viento. Ella os transportará, junto con vuestros enseres, hasta mucho más allá de donde un caballo se hubiera desplomado; ella os hará sentirnos relativamente cómodos, porque mide cada uno de sus pasos y prueba la senda que conduce de un precipicio a otro. Actúa así según sus propios hábitos y deseos. Tiene un paso determinado, y pobre del que intente hacerla trotar. Sabe hasta dónde debe llegar en el curso de un día, y entonces, cuando da por cumplida su jornada, ni siquiera los golpes la

A la izquierda: Mapa que señala la región ocupada por los jíbaros.—Abajo: Dos tipos característicos de "La región de los cazadores de hombres". Un indígena dispara su bodoquera o cervatana, llamada "umbi", y una mujer jíbara nos muestra su hijita.—Bodo Wuth.

cuando estas extrañas colecciones se han perdido al caer en una corriente. ¡Hay tal profusión de hojas en la selva! Ha aprendido con asombro que en la tierra de los hombres blancos es necesario plantar los árboles.

—Mirad—dijo un anciano filósofo de la selva—, aquí, para plantar un árbol, tenemos primero que derribar veinte.

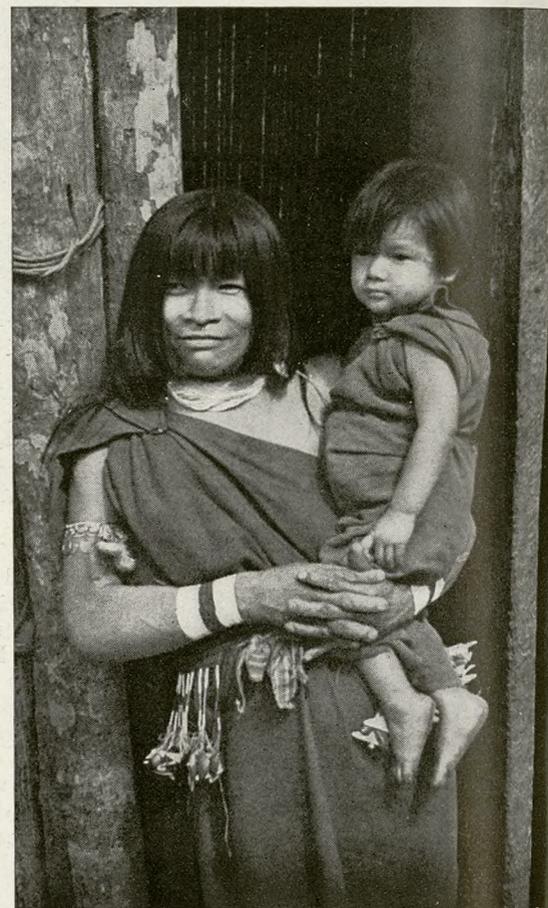
En las bajas colinas de los Andes Orientales, en este paraíso de los coleccionistas botánicos, habitan unas tribus cuyos hombres se cazan entre sí. Son los indios jíbaros, quienes a sí mismos se denominan indios "shuara", y que son temidos tanto por los mestizos como por los blancos. A través de los siglos, los jíbaros han sido conocidos como el pueblo más sanguinario de cuantos habitan en los tres millones de millas cuadradas de la región amazónica. En el estado más primitivo de salvajismo selvático, surgiendo lentamente de su confusión en relación con los fenómenos naturales, estos hombres se cazan entre sí, dan muerte y decapitan a sus enemigos y reducen las cabezas al tamaño de un puño. Aunque su región es ya accesible, han conservado su renombre a causa de esta macabra costumbre y permanecen hasta el presente temidos e ignorados.

Su vida es estática y uniforme. Habitan en una sola vivienda, construida en el corazón de la selva virgen, y allí nacen, viven y mueren en un espacio cuyas dimensiones escasamente llegan a doscientos pies cuadrados. Aquí se representa el drama de su vida. La selva es el terreno de cacería del jíbaro, su laboratorio. Extraños temores le acosan por todas partes. El genio del bosque acecha por doquiera. El indio cree que las lagunas, los lagos, el bosque, los animales, están animados por espíritus, que constantemente buscan hacerle daño. La peste los sorprende a veces, a menudo por conducto del hombre blanco, quien les ha llevado la tuberculosis, la sífilis, la viruela y la disentería.

No obstante su sórdida reputación de salvajismo, el jíbaro recibe con agrado al hombre blanco y lo hospeda tan cordialmente como se lo permiten las comodidades de la selva. Abre las puertas de su casa al visitante y trata como mejor puede, dentro de los límites de su comprensión, de portarse como un buen amigo y huésped. Si el hombre blanco corresponde a esta hospitalidad, el indio conserva su condición de ser primitivo, dotado de interesantes modalidades, aunque a veces peligroso.

El cazador de cabezas ha sido juzgado y analizado. Sus pequeños artefactos y ornamentos de plumas han sido coleccionados y catalogados. Las cabezas que él reduce a pequeñas proporciones para fines religiosos, han sido negociadas profusamente.

Cuando nos unimos al desfile de los curiosos visitantes blancos, no buscábamos El Dorado. Los tesoros de los Llanganatis no constituían el objeto de nuestra investigación; no buscábamos pigmeos, ni una raza de indios blancos en el Amazonas, ni una boa *constrictor* de quince metros de largo, ni los restos de los exploradores o aviadores perdidos que hubieran caído accidentalmente en la selva. Estábamos coleccionando insectos de organización social, o, más específicamente, termitas. Nuestros esfuerzos por recorrer todo el territorio ecuatoriano nos llevaron a la región en donde los hombres se cazan entre sí. No formábamos la expedición mejor equipada para llegar a esta región, ni tampoco la peor. No formábamos la más grande; por el contrario, constituíamos



harán moverse. Y aunque uno lance imprecaciones, maldiga al animal y desee verlo desaparecer para siempre, la reflexión da al fin la medida de la gratitud que merece el animal. Se recuerdan los días en que la mula lo ha llevado a uno sobre su lomo; días interminables en que el animal ha recorrido pacientemente caminos que sólo por un considerable esfuerzo imaginativo pueden recibir este nombre.

Como si la mula no fuera un problema suficiente, en el viaje a través de los Andes amazónicos existe el arriero, o mulero. Ha vivido durante tanto tiempo con sus cargas, que ha terminado por adquirir una gran semejanza con ellas.

Rara vez, o casi nunca, se encuentra en el Ecuador un arriero con una abundante provisión de mulas. Un mulero profesional tiene, como máximo, cinco o seis. Rara vez tiene un peón más de una mula, y conseguir diez mulas más implica llevar consigo los diez peones correspondientes. Algunas de las grandes haciendas están mejor equipadas, pero sus animales están trabajando constantemente en las faenas agrícolas. A causa de la dificultad que existe para alquilar o comprar mulas, el viajero debe tener sumo cuidado en conservar su equipo, a menos que desee esperar varios días mientras se recorre el país en busca de refuerzos.—L. M.